

**LA
ARQUITECTURA
DEL
FANTASMA**

**LA
ARQUITECTURA
DEL
FANTASMA**

UNA AUTOBIOGRAFÍA

HÉCTOR LIBERTELLA

**Prólogo de
Ignacio Echevarría**

los tres editores

*Pensá en la muerte como
un acontecimiento retrospectivo.
Esa manera de irle pidiendo cosas al futuro
para devolvérselas, al final, intactas.
Como si uno no hubiera vivido.*

HACIA CUALQUIER LADO

¿Qué hago ahora en Nueva York? Creo que vine aquí becado por el International Writing Program de la Universidad de Iowa, aunque la beca es la beca Fulbright. No sé quién paga. Paso un año con escritores de treinta lenguas deambulando por los campos de maíz del Medio Oeste. Es un año completo que tiene como eje dos ciudades: Nueva York y Las Vegas.

...

Lo de Las Vegas conviene mantenerlo en silencio, en un halo de *kedushah* (sacralidad), porque pertenece al terreno de la pasión y/o santidad del jugador de juegos de azar. En cuanto a lo de Nueva York, la verdad es que no recuerdo por qué clase de combinatoria yo había dado con mis huesos en un heroico cuartel de las Radicalesbians en el bajo Manhattan. Allí me habían destinado un pequeño

departamento y hacía las veces de asesor o mascota de ellas. ¿Cómo explicar esto? Tres años antes yo había sido el único varón hombre macho en el Primer Congreso Feminista de América Latina, que duró un mes entero en Córdoba. Tal vez habría que hablar arquitectónicamente del *siniestro*, ese elemento extraño a un edificio que paradójicamente justifica, define y realiza su estructura. *Algo que no podría no estar*. Ahora bien, ¿por qué debía estar yo allí?

Sea como fuere, por el edificio de calle 6 circulaban las líderes del momento, Betty Friedan, Angela Davis. También había reuniones con la barra brava de los Young Lords, los chicos armados del Poder Puertorriqueño. Frente a mi ventana estaba la Odissey House, el gran centro de rehabilitación de drogadictos donde no había drogadictos sino pícaros que conseguían cama y comida a expensas del Estado. A mis espaldas, el galpón de los gordos terribles, los Hell's Angels, lleno de sus poderosas motos y sus camperas de cuero negro. Un poco más allá, la calle Bowery, con sus hileras de borrachos de Vietnam tirados en el piso esperando que la nieve de Navidad los dejara congelados y tiesos. Los camiones de la Policía pasaban de noche y recogían cadáveres de gente con la que tal vez yo había conversado durante esa misma tarde.

•••

Por aquellos días, con Marta Ferro y un grupo extraterrestre dimos por casualidad con Lowell, Massachusetts. No

hacía mucho habían sepultado allí a Jack Kerouac. Nos hospedamos en la casa de la familia Kerouac, donde a mí me prepararon la habitación y la mismísima cama del muerto.

Seguro que esa noche soñé con Mardou Fox, la heroína negra de *The Subterraneans*. Por no sé qué rara operación fonética, la suegra de Kerouac lo llamaba «Jack Carolina». ¿Habré dado con la casa indicada? El cuñado me llevó al cementerio, aunque la tumba todavía no estaba construida. Solo pisé un poco de pasto con un cuerpo de hígado (graso) adentro. En el bar que frecuentaba Jack Carolina me senté a la barra con sus viejos amigos. Entre trago y trago se fue deslizado una cosa que todavía hoy me llena de terror: ninguno confiaba en Kerouac; lo pensaban un hombre que solo quería escribir. Es decir, un traidor de la vida, alguien que participaba con ellos de la borrachera pero después corría a su casa para enfriarlo todo. Como si las mil y una historias de droga, sexo, alcohol, mujeres y caminos se resumieran en la imagen de un robot monomaniaco sentado frente a una Remington y ajeno al mundo al que simulaba pertenecer. Alguien que en su Remington está escribiendo un libro que se llama *El grado cero del sexo, la droga, el alcohol y las mujeres*. ¿Un muerto en vida? Ese fantasma y/o ese diseño del ausente me conmovió mucho, y hasta un poco me identifiqué con él. Pero la identificación es siempre un efecto provisorio. (Ahora –si me veo– me veo en cosas, no en personas).

•••

Sería 1971 cuando viajé a Europa. Allí recorrimos a dedo un enorme mapa con María Martina Iturrioz, mi primera dama.

Así como se dice que el alcohólico toma por tomar, sin buscar efectos anímicos, o que el jugador juega por jugar, sin buscar ganancias, así me parece que anduvimos por Europa. No nos importaba conocer sitios. La clave de esto se dio un día en las afueras de Brujas. Decidimos hacer dedo al primer auto que apareciera, en cualquier dirección que fuera. De oeste a este o de norte a sur, fuimos y vinimos en un tablero de ajedrez que nos dislocaba: cinco veces cruzamos la ciudad de Brujas en una misma tarde. De la libertad absoluta a la trampa había un solo paso. Desde entonces aprendí que la literatura es ese ir y venir sobre una huella que nadie eligió. Como el alcohólico o el jugador de juegos de azar, tal vez el escritor solo escribe por escribir.

...

En París, en la Cité Universitaire, me informaron que había ganado en Venezuela el Premio Internacional Monte Ávila con *Aventuras de los miticistas*. Regresé entonces a Nueva York en pleno verano, cuando el asfalto es crema y por alguna razón genética hay tortugas blancas ciegas navegando en las cloacas. De ahí volé a Caracas, en agosto, para recibir el premio, y de pronto me encontré en Buenos Aires, más específicamente en el Bajo: en un departamento en Florida casi Viamonte. ¿Ya hablé de él?

CARTA A DON

LORENZO GARCÍA VEGA

Maese,

mejor dejar la autobiografía y dedicarse a la ficción, de verdad (a la ficción de verdad). «El imaginario es lo único real del texto», me decía François Wahl en un congreso en Brasilia. A ese real me debo, y todo el resto es realidad.

Así que acá estoy, aislado desde hace ocho o nueve años reescribiendo y achicando simultáneamente doce libros y eliminado otros tantos. Rumbo al impalpable cero. Encerrado en una pieza de dos metros por tres. Un amigo chistoso observaba ayer que yo camino mi *pathos* por una celda tan apretada como la horma de mis zapatos.

Mirá, Lorenzo, es un salto sin red abajo. No hay sábado, no hay domingo ni vacaciones anuales ni feriados. Ni tampoco noche o día: la literatura te somete a un continuo de éxtasis y terror. Vos me entendés, es un viaje solo de ida, y al final te espera sir John Gielgud con un chablis en la mano.

ÍNDICE

<i>El último escritor</i>	7
IGNACIO ECHEVARRÍA	
Carta a don Lorenzo García Vega	19
Duérmase mi niño	21
Hacia cualquier lado	23
A	27
La escuela de escritores virtuales	31
Derrotar la estabilidad de cada uno en su yo	39
Bibliomanía I	43
Segunda carta a don Lorenzo García Vega	47
<i>The Deafman's Glimpse</i>	49
Traducible/Intraducible	55
Bibliomanía II	63
Retrato de familia en un interno	67
Lo que se cifra en el nombre	71
Instalaciones	75
Dos inscripciones laborales	83
Nueva carta a don Lorenzo García Vega	85
Una triste historia de amor	87
Otro problema de identidad	91
Y otro problema de identidad	97
Maneras de leer	101
Hacia el post-hombre	109
<i>The Loneliness of the Long Distance Runner</i>	111
Buenos Aires, 21 de abril de 2006	113
Carta a don Lorenzo García Vega	115

LA ARQUITECTURA DEL FANTASMA

© Héctor Libertella, 2006

© del prólogo, Ignacio Echevarría, 2024

© los tres editores, 2024

www.lostreseditores.org

info@lostreseditores.org

Ulises, 65

28043, Madrid

Primera edición: noviembre, 2024

ISBN: 978-84-124479-5-8

Depósito legal: M-25303-2024

Diseño de colección y de marca: Oriol Corsà

Imagen de solapa: Laura Astorga Monestel

Corrección de estilo: Diego Jiménez F.

Revisión: Carlos Acevedo Fiore

Las fotografías e imágenes interiores han sido cedidas por los herederos de Héctor Libertella. La editorial ha identificado la autoría de las obras y ha contactado a los autores para informarlos diligentemente, y se pone a disposición de los titulares para satisfacer cualquier necesidad.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Impreso en España / *Printed in Spain*

